



Organo de la Federación Instructiva de Dependientes de Cartagena

AÑO IV

SEPTIEMBRE 1929

NÚM. 40

Redacción y Administración: Domicilio de la Federación: Calle de Andino, 1, bajo

No se devuelven los originales ni sobre ellos se establecerá discusión ni correspondencia, publicándose solamente aquellos que firmados por sus autores sea aprobados por la Dirección, pero siempre bajo la responsabilidad absoluta de los firmantes.

TEMAS SOCIALES

Más consecuencias del paro forzoso

En nuestro anterior editorial y refiriéndonos a las consecuencias que produce el paro forzoso, censurábamos que la mano que encalleció dando golpes en el yunque del trabajo, tenga necesariamente, al quedar cesante, que pedir o robar; hoy, además de insistir en esa censura, vamos a ocuparnos, como prometíamos, de otras consecuencias que acarrea la huelga forzosa.

Una de ellas es la despoblación. Tan pronto como en una ciudad asoma el gesto huraño de la crisis de trabajo, el obrero piensa en la emigración, y, en efecto, al quedar cesante, malvende su pobre ajuar y huye como dicen las viejas leyendas que el diablo huía de la cruz, de la tierra donde no halla pan, y marcha a otras de las que rara vez vuelve...

En Cartagena tenemos el ejemplo, bien doloroso por cierto. Inicióse la crisis de trabajo con la paralización de la sierra minera, y La Unión, quedó casi desierta; sus hijos marcharon a otras ciudades donde hacían falta obreros especializados, y si la ciudad minera, la «Mineda» cantada tan magistralmente por nuestro llorado Cegarra, por cualquier circunstancia renaciera, esos obreros no volverían todos al terruño nativo, porque han tomado cariño a las tierras que ahora habitan—no olvidemos que en ellas ganan el pan—y les es violento abandonarlas.

Después llegó la angustia a nuestros campos y el obrero agrícola, huyó a Francia. Sería curioso conocer el número exacto de hijos del agro cartagenero que hoy fecundan las tierras de los campos franceses. No cabe duda, que la cifra aterraría. Y no pensemos que vuelvan. Allí trabajan; pero comen—¡maldito materialismo!—y hasta se permiten el lujo de ahorrar algunos francos para hacer frente, en un momento dado, a cualquier adversidad. Todo lo contrario de aquí, que ni trabajando todos los días, más que como hombres como fieras, es posible adquirir lo que la Oficina Internacional del Trabajo llama «una buena cesta de compra»...

Otro caso posterior tenemos que demuestra lo que decimos de la despoblación: El reciente conflicto en los talleres de nuestro Arsenal civil. De los obreros que quedaron cesantes, son muy pocos, poquitos, los que a estas horas están en Cartagena. Emigraron. Y nosotros sabemos de algunos que han sido invitados al regreso, con promesa de ser readmitidos... y ni por esas...

Así, pues, no es hiperbólico asegurar que el paro forzoso, además de la consecuencia, tan dolorosa, de convertir en ladrón a un hombre honrado, lleva consigo esta otra no menos lamentable de la despoblación, que a simple vista parece no tener importancia y la tiene de gravedad extrema. La merma del censo de población, la desbandada de brazos, es una herida abierta en el corazón de las ciudades por la cual se pierde vitalidad y riqueza.

Dejemos, para números sucesivos, el estudio de otras consecuencias que produce la huelga forzosa, y entre tanto, terminemos este articulucho indicando lo conveniente que sería un seguro contra el paro, cajas de resistencia y una ley que determinara que todo español tenía siempre trabajo, ocupación donde poder ganar para él y los suyos. De fijo que evitaría muchos conflictos y muchos dolores morales y materiales...

